

Jerusalén Este, cincuenta años después

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

El 10 de junio de 1967 se puso fin a la denominada guerra de los seis años, un nuevo conflicto bélico (el tercero) entre israelíes y árabes derivado de la proclamación unilateral del Estado de Israel en 1948. Contraria a la partición de Palestina auspiciada por la ONU. El nacimiento de este novel país, en una región mayoritariamente árabe y sin que se hubiese logrado una postura consensuada, provocó desde su nacimiento una situación de inestabilidad y de violencia política que, desgraciadamente, se ha prolongado hasta nuestros días, no pareciendo atisbarse, por el momento, visos de solución. Entre otras cosas, dado el fracaso de la hoja de ruta de Obama en esta zona y la falta de un plan definido por la Administración Trump.

Volviendo a 1967, la conflagración estalló el 5 de junio y en unas pocas jornadas la coalición árabe (Jordania, Siria y Egipto) fue barrida, lo que supuso, para los intereses israelíes, alcanzar las orillas del canal de Suez en territorio egipcio por el Oeste; llegar hasta las márgenes del Jordán por el Este; amenazar la capital de Siria por el Norte, apoderándose de los altos del Golán; y hacerse con la fortaleza egipcia de Sharm el-Sheij por el Sur. Todo un logro de unas tropas fuertemente pertrechadas gracias a la ayuda norteamericana, fundamentalmente. Y con una trascendencia que sigue siendo decisiva, habida cuenta de que, sólo en virtud de los acuerdos de paz con Egipto (1979) y Jordania (1994), Tel-Aviv ha conseguido regularizar su estatus diplomático. Aunque, en realidad, únicamente ha devuelto la península del Sinaí y el mencionado balneario del Mar Rojo a Egipto, ya que el convenio con Amán no incluyó la devolución de los territorios ocupados en Cisjordania con vistas a la creación del Estado palestino. Por no hablar de Gaza o del Golán.

En semejante ofensiva el suceso culminante fue la entrada de las tropas israelíes en Jerusalén Este, entonces perteneciente a Jordania. Especialmente, la conquista de la Ciudad Vieja, teniendo al muro de las lamentaciones como gran objeto de deseo. Un muro, no lo olvidemos, que, durante siglos, permaneció prácticamente oculto en el abigarrado callejero de la zona. En efecto, en la Ciudadela, junto a la puerta de Jaffa, aún puede verse una maqueta espléndida de Jerusalén construida a finales del siglo XIX en la que no hay ni rastro del mismo. Algo que confirma el historiador Shlomo Sand, quien participó en primera persona en la toma de la Ciudad Vieja. En concreto, en su célebre libro “La invención de la Tierra de Israel” (2012), nos dice cómo el murallón se encontraba en un callejón relativamente estrecho. Sólo una vez sometida y expulsado el ejército jordano, las casas que lo rodeaban fueron derruidas hasta lograr el paisaje urbano que conocemos actualmente: una gran explanada con la pared despejada al fondo donde hombres y mujeres, por separado, rezan y piden un deseo introduciendo un papelito entre las viejas piedras. Es una escenografía más de Israel con vistas a su propaganda internacional. Ya que el llamado barrio de los magrebíes fue destruido a pesar de las protestas de la UNESCO.

No obstante, la separación sicológica entre ambos distritos, el Jerusalén Oeste, preferentemente hebreo, y el Jerusalén Este, preferentemente árabe, todavía está ahí. A pesar de la anexión, de su proclamación como capital eterna e indivisible de Israel (1980) o del trasvase de población judía. O incluso pese a ese moderno tranvía que buscaba convertirse en un elemento de unión entre los barrios árabes y judíos, cuando en realidad se trata de un mero instrumento de colonización de las áreas predominantemente palestinas. Basta montarse en sus vagones para ver que son los

judíos quienes lo usan casi exclusivamente. Los esfuerzos por borrar físicamente los lindes de 1967 para no dejar huella han sido constantes entre las autoridades israelíes, pero no han podido ni con el imaginario ni con la voluntad de los palestinos. Al punto que ahora el estatus de Jerusalén sigue siendo uno de los mayores escollos para lograr la paz. En la reciente visita de Donald Trump a Belén, Mahmud Abás se mostró favorable a la coexistencia pacífica de dos estados reconocidos mutuamente y en paz según las fronteras anteriores a esa contienda. Sin embargo, no parece que el ejecutivo de Netanyahu esté dispuesto a avanzar en el proceso de paz. Preso del extremismo fanático de los partidos que sostienen a su gobierno, hoy por hoy resulta bastante difícil pensar en una salida pactada que ponga fin a un panorama sumamente insostenible. Transcurridas cinco décadas, parecería razonable empeñarse en encontrar un posible compromiso que satisficiera a ambas partes. Una internacionalización de Jerusalén (prevista entonces por la ONU y reclamada por el Vaticano) con una capitalidad compartida podría ser una posible opción, si bien mucho me temo que las posturas más radicales de unos y otros y la ausencia de un liderazgo internacional claro en este tema hagan que el problema se pueda perpetuar por otros tantos años.

4 de junio de 2017